

reinyectada. "Maravillas de la Medicina", decía la guapa mujer que explicaba aquello que llamaba la "Autotransfusión", que salvaba la vida del enfermo, con su propia sangre, mientras era trasladado velozmente a la sala de operaciones. Por supuesto, comentaba que en los hospitales se necesita mucha sangre en sus bancos para salvar vidas que como ésta, penden de un hilo, pero que este "nuevo" procedimiento es utilísimo, pues no necesitaba de pruebas sanguíneas de compatibilidad que consumen tiempo.

Mientras aquello me lo explicaban, terminando el siglo veinte, volví los ojos al pasado, no en aquella llamante sala de operaciones de un hospital de New York sino en las viejas salas de operaciones del Hospital San Juan de Dios o del de Cartago, hace casi cuarenta años, cuando nos soltaron la mano los viejos maestros y hacíamos las emergencias. ¡La "autotransfusión", procedimiento nuevo! Aquello, pensé, era más bien resucitar a un muerto. Quiero contar el cuento y se que muchos de mis colegas cirujanos que ahora tienen que "irse" de los hospitales por pasar de los sesenta, se acordarán de sus años mozos y sentirán que sus vidas médicas no fueron en vano.

En aquellos años cuarentas operábamos a una señora que tenía un embarazo extrauterino roto. El huevo fecundado se había implantado en la trompa de Falopio, que es un canal muy angosto y con el desarrollo del embrión, a los dos meses de embarazo no resistió la gran dilatación y se rompió. Cuando penetramos en la cavidad peritoneal, ésta estaba inundada de sangre, quizás dos o tres litros y la paciente en shock. En aquellos tiempos no teníamos un banco de sangre y primero había que detener la hemorragia. Rápidamente buscamos la trompa sangrante y entre pinzas detuvimos la hemorragia. Pero la presión arterial había desaparecido y la paciente se moría. En esos momentos entró en la Sala de Operaciones un cirujano de los viejos, maestro de generaciones y hombre práctico. ¡Métnale la sangre, no pierdan tiempo! dijo y punto y seguido pidió "la copa estéril!". Esta era una copa cónica de cristal, graduada en onzas, como las de las farmacias y que llenaba medio litro. Le pusieron el contenido de una gran ampolla de citrato de sodio al 20/o y a través de una gasa extendida en su boca, que servía de colador, filtrábamos la sangre que extraíamos de la cavidad peritoneal con un recipiente metálico y con esponjas de gasa. La sangre era luego vertida en un equipo de transfusión de la época, una fuente de cristal que pendía de un pedestal y que a través de un tubo de hule conectaba a la aguja introducida en la vena.

Mientras la sangre penetraba en las venas de la paciente rápidamente, seguíamos recogiendo todo lo que quedaba en el abdomen, la mezclábamos con el anticoagulante y la filtrábamos. La lucha fue tenaz, pero un rato después, el anestesista nos daba la buena nueva de que "ya oía presión". Se había restablecido el volumen circulatorio con la propia sangre de la paciente y ya "volaba solita". Pedimos entonces el aspirador para retirar los restos de sangre de la cavidad peritoneal y el Maestro se volvió y me dijo: "Déjesela adentro, Vesalio, que eso le

alimenta". ¡Siempre lavamos la cavidad peritoneal, muchachos desobedientes!

Cuando en 1946 fundamos en el Hospital San Juan de Dios - el Banco de Sangre y el público generosamente lo mantuvo lleno, el procedimiento de la autotransfusión se acabó, máxime que unos años después, los equipos de transfusión eran sellados y no permitían el trasvase.

Las cosas se ponen de moda y aquí las imitamos pronto. El procedimiento, vuelto a la vida en los Estados Unidos, revela como las cosas no son estáticas y que la evolución a veces da saltos atrás. Algún médico residente de guardia, de esos que tienen ideas y no temen ponerlas en práctica, decidió que no había razón para desperdiciar esa sangre. Hace unos veinte años, la auto-transfusión también se utilizó, de otra manera; algunos pacientes programados para cirugía, "donaban" su sangre dos o tres días antes, que les era restituida durante la operación, pues el organismo compensa el volumen circulatorio rápidamente y sin mayor disminución de los eritrocitos circulantes.

Valga la ocasión que nos ha dado el programa televisado, para recordar que los cirujanos de Costa Rica también se las ingeniaban y cómo aprendíamos de los viejos maestros, en una época en que no teníamos a mano la moderna tecnología de la época atómica. Eso sí que era "Lo Increíble".

## OTROS TIEMPOS

Vesalio Guzmán

La conversación de dos muchachos que habíamos recibido el título de bachiller hacía pocos días fue muy provechosa, al menos para mí. Qué vas a estudiar? me preguntó el compañero. Farmacia, le dije. ¡Sos tonto, para estar detrás de un mostrador toda tu vida y agriarte el genio. Estudiá derecho, no ves que un abogado puede llegar a ser presidente ¡todos los presidentes son abogados! En aquellos tiempos ocurría lo que al muchacho pobre que invitó a la novia al club y le preguntó de una vez, ¿Quiere kola o limonada? Aquí se estudiaba derecho o farmacia y quien no podía, aún le quedaba el magisterio. Mi padre, un gran médico pero pobre como lo fueron todos los padres de antaño, no tenía con qué enviarme a estudiar medicina "al extranjero", como se decía. ¿Bueno, me dijo en esos días, ya decidió qué va a estudiar? ¡Si papá derecho! Le soné muy mal pues me dijo: ¿Y eso pues no habíamos hablado de la farmacia? Si pero es que eso no sirve, no tiene futuro, le contesté. ¿Usted con quién ha estado hablando que le ha metido cosas en la cabeza? Bueno, es que un abogado hasta puede llegar a presidente, le dije, bajando la cabeza y mirando al piso. Después de una pausa que me pareció de siglos, me dijo mi padre con palabra firme pero dulce: ¡Vea hijito, el que llega a presidente es porque se lo merece, no porque haya estudiado esto o aquello. En cambio, quien no define su futuro no llegará a nada!. Estudié farmacia y años después medicina y no me arrepiento. Mi amigo, el del consejo, no estudió ni farmacia ni derecho.

Papá nos había contado muchas veces la historia del Dr. don Solón Núñez y también la suya, sin vanagloriarse. Eran conversaciones de sobremesa que caíaron hondo en sus hijos y en esta oportunidad las recordé.

Mi padre de Cartago y Solón Núñez, de San José fueron compañeros en el Liceo de los últimos años del siglo diecinueve. Eran muy pobres, como se dice en los cuentos. Papá estudio farmacia y ambos se tuvieron que hacer maestros de escuela, pero con el correr de los años, estudiaron medicina que era su vocación. A su tiempo se maduran las uvas. A mi padre le dio con Cleto una beca y don Solón, con sus economías y un premio de lotería.

Los tiempos y las generaciones cambian. En aquellos tiempos había pocas oportunidades para los jóvenes. Sus padres eran pobrísimos y los gobiernos por allí andaban. Los pocos que lograban salir no regresaban en muchos años. A mi padre le tocó hacer el examen de grado el mismo día del terremoto de Cartago y recogido su título regresó a levantar de los escombros la casa de sus padres. Fue luego Médico del pueblo de Guápiles en 1912. Un destierro, como se decía entonces. Me mostraba una cicatriz en su antebrazo, de un "papalomoyo" adquirido en una visita que hizo a la casa de un negro enfermo en Río Jiménez. Había en Costa Rica muy pocos hospitales y en ellos unos pocos médicos, que no creían necesarios más médicos para que les ayudaran. Así es que los recién llegados tenían que aceptar puestos de "médicos del pueblo" en lugares lejanos como Guápiles, Liberia, Limón Puriscal, Turrialba, San Ramón. No había carreteras, ni aviones y las distancias había que cubrirías a caballo o en tren. Los caminos como alguien dijo en forma jocosa, no tenían barro en verano ni polvo en invierno, así eran de perfectos. ¡Así se hacía el Servicio Social en aquellos años! Papá cuando ya pudo establecerse en Cartago compró un Ford Modelo T, 1918, de segunda mano. Lo sacaba los domingos para pasear a la familia. Era toda una odisea, pues había que darle "cigüeña" para arrancarlo, no tenía repuesto, pues no se había inventado y teníamos que desarmar la llanta para pegarle el parche e inflaría con un infladorcito de mano. ¡Así terminaba la felicidad del paseo! Entre semana, para evitar complicaciones, usaba la volanta tirada por una yegua. Los perros de los barrios le ladraban y los chiquillos tenían la osadía de "colarse" en ella. Para visitas más lejos, como Tierra Blanca, iba en la yegua, que se llamaba "La Mora".

Los viernes veníamos a San José, en el tren de la una o un automóvil si se podía transitar, lo cual era posible antes de las épocas electorales en que el gobierno componía los caminos. La primera visita era a "La Arena", a don Solón. Recuerdo que había unos cartelones ("posters" ahora) pegados con tachuelas a las paredes de la Subsecretaría de Salud que decían "no le dé café a sus niños". Pregunté a mi padre y me contestó "Cosas de Solón, que dice que los excita! Los dos amigos discutían sobre problemas de salud. ¡Jesús, me contaron que tenés tifoidea de Cartago! le dijo don Solón. ¡Esa tifoidea no nació allí, sino que se la trajeron de Puntarenas los que fueron en un paseo; tenés que preocuparte por sanear aquello, allí no hay agua y es un mosquero! Sacaba don

Solón una peseta y le decía al Secretario: mándele a comprar donde Rosés unos confites al chiquillo, querés confites?. También el Dr. Núñez visitaba Cartago, en funciones de su cargo y con mi padre inspeccionaba los barrios, los trabajos de drenaje, las cloacas y los tanques del agua. Esas visitas eran muy provechosas para mi hermana y para mí, pues ese día en el almuerzo comíamos espárragos de lata y atún francés. Como papá deseaba que al Ministro no se le quedara nada "por fuera", lo llevaba por todos lados y le discutía todas sus medidas. Dicen, no me consta porque no lo oí, que en la próxima visita a Cartago, no le avisó a papá sino que se vino con algunos de sus asistentes del Ministerio a revisar los problemas de higiene de la ciudad. Alguien le llegó con el chisme y se afectó mucho. ¡vamos a ver en qué resulta la visita de Solón! fue lo único que dijo. Unas semanas después algún amigo le dijo con doble intención, que se decía que la visita de don Solón había dado muy buenos resultados. ¡Si, cómo no, antes que viniera Solón había veinte moscas por cada vidrio y ahora solo hay diecinueve, un éxito! Claro, que la salida se la dijeron al Ministro, que la celebró mucho. El Dr. Núñez ejerció el Ministerio de Salubridad por muchos años, debido a sus grandes dotes personales y profesionales y a su indiscutida autoridad en el campo de la salud, que fue para él un reto. Es la figura que junto con Durán ha hecho más por nuestro país al establecer la estructura y organización de la Salud Pública. Hubo crisis de gabinete en tiempos de don Ricardo y don Cleto, pero el Dr. Núñez siempre quedaba. Pero los ticos siempre inventan cosas. Un día "La Tribuna" trajo la noticia: "Crisis en el Gabinete. El Presidente ha decidido cambiar a varios ministros" ¡Ahorita se enferma Solón, acuérdense de mí! dijo papá y así fue, pues al día siguiente la columna social de Tristán daba la noticia de que el Dr. Solón Núñez se encontraba grave en su quinta de San Isidro de Coronado. Cuando ya pasaba la crisis lo llamaba al Ministerio por el teléfono de magneto: ¿ya te compusiste...? Así fueron siempre dos amigos que se quisieron y respetaron, desde que en las aulas del viejo Liceo de Costa Rica compartieron pupitres y pobreza y de donde salieron para servir a sus semejantes. Maduraron en la escuela del sacrificio. A ambos se les abrieron las puertas porque lo merecían y además porque supieron esperar.

Cuando regresé al país después de graduarme de médico fue al Ministerio a visitar a don Solón. ¿Qué vas a hacer? me dijo. Le informé que haría primero el internado en el Hospital San Juan de Dios y quizás cirugía. ¡Hacete cirujano!, me dijo con su gesto y voz firmes y simpáticos. ¡Era el consejo que necesitaba de quien conocía el valor de una decisión en la vida!

## INTELECTUALES Y CIENTIFICOS

Vesalio Guzmán

Doña Myriam Bustos, a quien no conozco pero cuyos artículos siempre leo pues es clara en su decir, ha escrito sus dos oportunidades sobre algo que es muy cier-